

## **Pistolas futuristas**

El joven rapado de lentes diminutos y sobretodo negro sonríe y toda la avenida se ilumina, cruza la pista y se queda parado frente al parque donde unos niños juegan a las escondidas. Su espalda es tan ancha que desde atrás apenas si se ve a dichos críos correr de un lado a otro del parque, es tan alto que para aqu ellos niños su figura recortada contra el sol se asemeja a la de los árboles y edificios circundantes. El joven del sobretodo negro echándose a andar despaciosamente va observando todo el perímetro del que dispone.

Por el rabillo del ojo vigila a los dos policías a su derecha, por la izquierda el asunto está calmado. Sus ojos grandes y oscuros despiden una luz brillante. Sonríe. Inmerso en sus pensamientos no advierte al anciano que ha embestido a su paso sonámbulo sino hasta que este grita de dolor por el peso que ejerce su pie sobre la mano del viejo. Lo observa. Lo levanta y se disculpa repetidas veces, lo conduce hacia una banca;

cuidadosamente lo deposita en ella. Se retira, vuelve sobre sus pasos y se disculpa nuevamente.

Da unos pasos y se topa con la inmensa mirada de un niño. El niño de los ojos de mosca se le acerca divertido, lo observa detenidamente, le tiende la mano sonriente. El joven rapado de sobretodo negro se arrodilla hasta la altura del niño y mira en lo profundo de sus ojos negros quedando atrapado en esa mirada hipnotizante por unos minutos, entonces piensa en nubecitas: ¿De dónde será este pequeñín, de qué recóndita galaxia de pigmeos? Se incorpora cual gigante produciendo vientos alisios al moverse. Camina. Ya tiene decidido todo, vigila de soslayo a los polis y sus ojos aparecen trazados por una línea gruesa y fuerte, raramente cándidos.

Corre por el lado del parque sembrado de bancas pasando muy cerca de uno de los uniformados, gira dando un gran salto que lo eleva a una altura inverosímil, sorprendente; y mete sus cruzados brazos al interior de su gran sobretodo negro que por algunos segundos eclipsa el cielo albo, enmarcado. Se ríe y su risa dibuja su hilaridad en

rojos formatos, mayúsculos formatos: ¡JA! ¡JA! ¡JA! Entonces de sus manos enormes

aparecen dos armas también enormes, futuristas, de grandes cañones y cacerinas de

cuernos de chivo; y el joven rapado dispara a todo lo que se mueve, al poli primero;

porque siempre es tan cool matar un poli. “Hasta la vista baby”. Piensa en nubecitas.

Luego dispara a tres niños, el de los ojos de mosca se fue volando, pero los otros no

tuvieron tanta suerte y ahora son una mancha negra y roja. El otro poli le dispara pero el

joven esquivo los tiros dejándose caer en picada y dando tres volantines rapidísimos se

parapeta tras una resbaladera del parque y dispara una ráfaga que desintegra al policía

en pedacitos sanguinolentos. Rayitas apenas perceptibles por el ojo humano. Todos

corren en el parque donde ya hay muchos muertos y la gente se resbala con la sangre,

algunos perros lamen los cráneos rotos por donde pueden verse albos sesos. El joven

rapado del sobretodo negro se horroriza, y se enoja tanto que puede verse un halo de

poder cubriendo su cuerpo. El motivo de tanto enojo es causado por los parroquianos,

los cuales en su loca carrera por salvarse, han derribado al anciano del parque y ahora una segunda oleada de ellos lo pisotea sin piedad. El joven rapado frunce el entrecejo y piensa en nubecitas "ya no hay respeto por nada ni por nadie, no se respeta ni a los viejos, carajo!" Entonces el joven del sobretodo negro deja su buen recaudo y pistolas futuristas en mano dispara sin discreción contra la multitud irreverente, y se dejan caer brazos y escuchar ayes, gritos desgarrados y desgarradores del ayer, hace un momentito, que producen pánico, entonces; llaman a la puerta repetidas veces y con un gesto de enfado Horacio Mackenci tiene que dejar lo que estaba haciendo, para ver lo que desea su madre.

-¿Qué pasa madrecita? Por qué tanto escándalo- coge de la mano a su madre

preocupado Horacio.

- Afuera Hora; afuera, están matando a alguien- dice la madre, desesperada al borde del llanto.

Horacio ve a su madre visiblemente afectada y algo pálida, y apartándola cariñosamente

de las escaleras sube dirigiéndose hacia la puerta. Mientras sube puede percibir el rumor de voces y algunos alaridos apagados, ya junto a la puerta escucha gritos y golpes de pelea.

-Tienes razón mamá, parece que le están pegando a alguien-dice Horacio en voz baja-, voy a abrir la puerta para ver qué pasa, la reja está cerrada, no?

-Sí , sí hijito- responde la madre un tanto nerviosa.

Horacio gira el pestillo de la puerta, introduce la llave en la chapa, da tres giros hacia la derecha y abre la puerta ya sin seguro. Toma algo de aire como para bucear y se introduce en el mar embravecido de la noche, al hacerlo no puede evitar pensar en el joven rapado. “No me caerían nada mal un par de pistolas futuristas, ahora”.